

Comentario. Nacer de nuevo

Nicodemo, a quien Jesús dirige las palabras del evangelio de hoy, era un importante fariseo. Parece ser que fue un discípulo de Jesús que le seguía en secreto.

Como persona responsable e influyente, tal vez Nicodemo sugirió a Jesús que realizara su misión de acuerdo con el orden establecido, actuando como un maestro de la Ley de Moisés; fuente de vida y norma de comportamiento para el hombre. La respuesta de Jesús fue más allá: según el proyecto de Dios, hay que «nacer de nuevo», hay que crear una nueva sociedad formada por personas nuevas.

En el texto que leemos hoy, Jesús enseña a Nicodemo algo fundamental que le debió costar comprender: la vida de Dios va a llegar a la humanidad entera, no por el cumplimiento de las normas religiosas, sino por un cauce totalmente distinto, por la entrega de Jesús «levantado en alto», sacrificado en una cruz a la que lo llevará la fidelidad y la lealtad en el cumplimiento de su compromiso de amor con toda la humanidad.

Sabías que... La serpiente de bronce

La serpiente a la que se refiere el evangelio tenía nombre propio: «Nehustán», palabra hebrea similar a serpiente y a bronce. El pueblo de Israel, mientras peregrinaba por el Sinaí, sufrió terribles picaduras de las serpientes del desierto. Yahvé propone a Moisés un remedio: forjar una gran serpiente de bronce y elevarla ante el pueblo. Al mirarla quedaban curados. La acción transcurre entre Punón y Feitán, donde había minas de cobre. Jesús utiliza esta imagen para expresar que la salvación llegará del Hijo del Hombre elevado en una cruz.

Oración

Niño soldado, armado y triste, caminante por senderos de guerra. Hoy queremos cambiar tu arma por un pan grande y compartido; tu trinchera, por una escuela llena de amigas y amigos.

Niña del suburbio lejano transportando un cubo de agua. Niña de ilusiones perdidas y silencios amargos. Hoy queremos cambiar tu dolor por un hogar limpio y digno; tu trabajo, por un descanso amplio. Señor, acuérdate de todos los pequeños que sufren. Danos la generosidad suficiente para no dejarles en el olvido.

COMUNIDAD DE SANTA CLARA SANTA KLARA KOMUNITATEA

Lectura del santo evangelio según san JUAN 3,14-21

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo:

–Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

Esta es la causa de la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas.

Pues todo el que obra perversamente detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que realiza la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios.

Palabra del Señor



HOMILIA

La suerte de cada persona: condena o salvación

Usamos este lenguaje principalmente religioso, aunque pertenece también a otros mundos (jurídico, sanitario, socia, etc.) porque es claro, rotundo, contundente, si bien tiene su dificultad. En efecto, un reo hallado culpable es condenado, mientras que uno hallado inocente, es salvado. Un enfermo terminal está condenado a la muerte, mientras que una infección cogida a tiempo lo salva, aunque sea temporalmente. Un pobre de solemnidad está condenado a la miseria, mientras que un rico salva sus compromisos vitales con holgura. ¿Podemos decir lo mismo de la suerte de una persona, en su vida humana, en la realización de sus proyectos, en su condición de ser única y responsable ante sí misma, ante la sociedad, ante los demás y ante Dios?

La condena que nos imponemos o que nos imponen

Con mucha frecuencia la condena viene de fuera: el pobre que nace en una familia pobre y nunca puede remontar su penosa situación; el enfermo que nace muy débil y nunca alcanza límites satisfactorios de salud; el marginado que no sabe más que de calles y de cárceles desde su infancia... ¿Fatalismo? ¿Determinismo? ¿Mala suerte? ¿Culpa de una sociedad incapaz de solucionar muchos de estos problemas que tienen solución? ¿Insolidaridad o frialdad de los que vivimos en este mundo?

Dios no condena

Las condenas existen en la vida ordinaria, pero Dios no condena. Ni condenó a nadie en el pasado, ni lo hace ahora, ni lo hará en el futuro. Las imágenes de un Dios celoso, envidioso, colérico, iracundo... no hacen justicia a Dios. Son falsas y muy graves. Quizá, de forma sencilla pero clara, los creyentes deberíamos evitar estos juicios tan perniciosos sobre un Dios que reparte castigos y premios; no solo porque no son falsos, sino porque son «antievangélicos» y hacen daño a muchas personas.

Jesús nos revela la salvación de Dios

El evangelio recoge uno de los núcleos del mensaje cristiano; o, si se quiere, de la revelación de Dios en Jesús. Dios es amor, y ama; el exceso de su amor incondicional («tanto amó Dios al mundo») se hace patente en el envío de su Hijo (Jesús); un paso más, en la «entrega» de su Hijo. San Juan no plantea en ningún momento que esta «donación» del Hijo sea cruel, sino que lo hace «por amor», para que nadie se pierda. El plan de salvación de Dios se abre a la gran humanidad, que se entiende como receptora de este amor de Dios manifestado en Jesús. Este es el mensaje cristiano, paradójico, verdadero y esperanzador a la vez.

El Encuentro nos regala un verdadero SALVADOR

En estos tiempos recios que vivimos, por todas partes acuden “salvadores de la patria” que, con sus promesas, pretenden hacernos creer que en ellos está la única posible salvación. Son liberadores desde arriba, radio y teleparlantes incorregibles, que a veces gritan mucho y otras se adhieren a su propia legalidad, haciéndonos creer que el resto del universo es el realmente falso, corrupto, violento e ilegal. Su “prueba del algodón” es que, en general, buscan perpetuarse en el poder... Se buscan a sí mismos simulando salvar a los demás. ¡Son tantos los ejemplos actuales! Pero, ¿quién “salva” en realidad? ¿Son ellos verdaderos salvadores: de la pobreza, de la angustia, de la desigualdad, de la desesperanza?

El Encuentro con Jesús es otra cosa. Es un Encuentro que no engaña. «No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón» (EG 266). Su modo de “salvar” es un “amor salvador” que no pretende hacerse rey ni ser agasajado y adorado. Se pone codo con codo con mi ser: mi pasión, mi dolor, mi alegría, mi caminar... Y vamos juntos haciendo un mismo camino. Él me invita a hacerlo desde el amor, el servicio, el compartir solidario de la vida. Y lo hace ahora -vivo y conmigo- porque lo hizo entonces, llevando el amor hasta el extremo de la cruz, donde los seres humanos acabamos encontrándonos. Es un amor compartido y encarnado. Por eso su signo de salvación es una cruz.